



LA CIUDAD ANTERIOR

Gonzalo Contreras
Editorial Planeta, 1991
185 páginas

Esta primera novela de Gonzalo Contreras le habría encantado a Jaime Laso ¿Laso, el autor de *El Cepo*? ¿Y qué tiene que ver un escritor del medio siglo con uno de fin de siglo? Primero, la cuestión de las afinidades electivas. Tanto la prosa del "cincuentista" como la del "ochentista", trasluce la frecuentación de ciertos autores cómplices, preferencias compartidas, una cierta identidad estilística derivada de Camus, Scott Fitzgerald, incluso Kafka; un tono desaprensivo, como-que-no-quiere-la-cosa, en una prosa aparentemente tranquila, que traiciona insoportable tirantez interior. Supongo que el paradigma intergeneracional ha sido *El extranjero*, de Camus, su absurdo de estar inmersos en un mundo que no gobernamos.

Lo "nuevo" que aporta la novela de Contreras, inserta en lo que vagamente se denomina "Nueva Narrativa", no es más que su contenido temático; en suma, el acontecer contingencial de la época que lo marcó y que, a través de los tamicos de la ficción, refleja muy hábilmente la realidad que su autor ha debido vivir (sufrir), camuflada en esta suerte de "diario" de un vendedor de armas, cuyo nombre, de gris, no importa. Un personaje neutro, ambiguo y desenfático al máximo. Pues bien, ¿qué otra cosa sino eso hizo la generación del 50? Y, además, hay algo afín en la actitud apolítica, desidealizada, con que se enfrenta el texto literario, en los 50, como en los 90, aun cuando se trate de temáticas erizadas de artistas puntuales.

Suspensión del juicio moral, sí, pero nunca la inculcación del juicio crítico-social. Nos atrevemos a pensar que algo de esa crítica infusa asoma por las páginas de *La ciudad anterior*: una metáfora de la vacuidad existencial que impera en el Chile de mediados de los 80, una novela existencialista de los 90, como *El Cepo* fue una novela existencialista de los 50-60. Como la de Laso, la de Contreras es una novela eficaz

CRITICA

¿POST-POST, O PRE-PRE?

precisamente por su falta total de énfasis. Sus personajes persuaden más que una mera denuncia estridente porque obran y piensan como seres de carne y hueso (léase triviales) y no como entelequias estereotipadas de las *trancas* políticas de sus autores. De hecho, es tan despersonalizada la voz del narrador, un tal Carlos Feria, que bien podría leerse el relato como el diario de su vida, como el Garín de Laso o el Merseault de Camus.

Contreras es un continuista -y en ello no hay desmedro- que rehuye los rituales autocelebratorios y el estilo de la llamada "novísima generación" afincado todo en la premisa del relato lineal "La marquesa salió a las cinco...", que tanto irritaba a Paul Valery, y que lo enlaza a la problemática cincuentista.

Resulta, pues, una orgía tropical la fanfarria del trompeteo publicitario-crítico, del todo inadecuado, que saludó la aparición de la novela de Contreras, como si genuinamente hubiera descubierto la pólvora. Siempre se es más tradicionalista de lo que se pretende. Lo menos que puede exigírsele a la crítica es que oriente a sus lectores, situándolos dentro de los pertinentes contextos histórico-literarios, pues de otra manera pareciera que las obras nuevas nacieran de la nada. En fin, un ayudamemorias para rellenar el vacío amnésico post-golpe. ¿Un país sin memoria, sin referentes? ¿Es eso lo que se pretende propiciar? Mmmm...

Pero basta de andarse por las ramas. Adentrémonos en la novela de Contreras. Entendámonos, hay mucho que celebrar aquí. El relato progresa a través de una trama bien urdida mediante sucesivos y oportunos apretamientos de tuerca. Por de pronto, los promotores de esta novela la tipificaron erróneamente como *thriller* (sobre eso volveremos después). Abundan los aciertos expresivos, los toques lacónicos que redondean una situación o caracterización de personaje. Ejemplos cogidos al azar: la mujer divorciante del protagonista es descrita así: "Ella aplica sus escrúpulos de manera particular en aquellas cosas susceptibles de ser catalogadas, archivadas, apiladas, con ello hace su parte en poner orden en el universo". O antes, en la escena de seducción de Susana, la niña ninfómana. Alguien escribió (ya no recuerdo quién) que Stendhal despachó la escena de amor entre Mme.

de Renal y Julien Sorel con un punto y coma (;), y no por pacatería, por simple buen gusto. Contreras hace lo suyo con admirable probidad y -por qué no decirlo- hasta con un dejo de elegancia, en ocho líneas que culminan: "...como si quisiera encubrir la propia medida de sí misma en el asombro o la decepción con que yo la observaba". ¿Se imaginan ustedes los ríos de semen que habría echado a correr De la Parra al describir una escena semejante?

Volvamos a los apretamientos de tuercas, recurso técnico propio del *thriller*. Están los apretamientos morosamente anunciados, como la llegada del idiota al núcleo familiar; o los no anunciados que irrumpen casi incidentalmente: "De pronto se oyó una fantástica explosión..." (pág. 155). Se trata, por cierto, de una pieza importante en la trama: el sabotaje del gasoducto. Ahora bien, ¿cómo es posible que los huelguistas sigan alborotando tan orondos por las calles pueblerinas después del sabotaje del gasoducto? El secreto del *thriller* estriba por entero en la respuesta adecuada a la pregunta "¿quién lo hizo?"... Pues bien, la dilucidación de un asesinato en la novela de Contreras no es en absoluto un misterio; el autor nos hace saber de inmediato que es el demente Luengo quien asesinó a su mujer por serle infiel, y aquí nos parece que Contreras estira un tanto peligrosamente la cuerda de la credibilidad. ¿No es inverosímil que Luengo, un hombronazo conspicuo por su muy elevada estatura y su llamativa casaca, se pasee como Pedro por su casa en una ciudad pueblerina en que todos se conocen, sin que nadie lo moleste? ¿Después de haberse fugado de su lugar de detención sin que nadie se percate? Mmmm...

Y hacia el final, la "confesión" del elusivo Araujo nos parece solución *deus ex machina* que se desliza por el riel del melodrama de teleserie, aunque sin cebollina. ¡Menos mal! Pese a estas notas disonantes en el coro nos apresuramos a saludar esta novela como un bienvenido aporte al panorama de la sobreproducción narrativa actual: esas lecturas de verano que ya al verano siguiente nadie recuerda; literatura desechable como los pañales de las guaguas. Nó le ocurrirá lo mismo a *La ciudad anterior*; no se lo merecería.

▲ Claudio Giacconi